

**DISCURSO DEL EXCMO. SR.
D. VICENTE COLOMER VIADEL
RECTOR MAGNIFICO**

Excmas. e Ilmas. Autoridades, Señorías Claustrales, Señoras y Señores.

El solemne acto de investidura de Doctor Honoris Causa de hoy encierra un sutil y diferenciado significado respecto a otras ocasiones por la coincidencia de una singular circunstancia. Concedemos esta alta distinción a dos insignes científicos cuya labor y aportación al progreso ha sido reconocida internacionalmente al ser laureados, ambos, con el Premio Nobel, el de Medicina para el Prof. Severo Ochoa y el de Economía para el Prof. Wassily Leontief, y este acto tan trascendente tiene además lugar en una ciudad como Córdoba, ejemplo y referencia de fuente de ciencia y conocimiento, pues no en vano fue precisamente aquí en donde nació la ciencia moderna, cuando hace un milenio era el centro mundial en medicina, astronomía y física, conocimientos que estaban impregnados de una reflexión sobre los fines de la ciencia y de una fe consciente sobre sus postulados.

Y nuestros nuevos Doctores "Honoris Causa" han venido a demostrar con su vida y obra que esos principios que sustentan la Ciencia son imperecederos al ser consustanciales con la propia esencia del ser humano.

Cada uno de ellos ha cultivado áreas del conocimiento con metodologías y aplicaciones muy diferentes, el Prof. Ochoa dedicó su esfuerzo a la investigación básica buscando la respuesta a las más fundamentales cuestiones de la vida, mientras el Prof. Leontief estudiaba la forma de que ésta pudiese ser más cómoda y más justa, pero ambos coincidían en unos principios básicos, en una ética de comportamiento que es el punto de confluencia entre todos los intelectuales íntegros, pues los dos buscaban el perfeccionamiento espiritual del Ser Humano y el progreso positivo de la sociedad civilizada.

Es por ello que la Universidad, una vez más, se enorgullece al distinguir a dos científicos, pertenecientes desde el comienzo de su actividad a la comunidad universitaria, pues al hacerlo reafirmamos nuevamente la trascendencia y la permanencia de los valores básicos de nuestra Institución.

Podemos preguntarnos ¿existen realmente diferencias sustanciales en la actitud intelectual de grandes hombres a lo largo de la historia como Maimónides, Copérnico, Einstein o nuestros nuevos doctores Ochoa y Leontief? La respuesta es obvia: habrán cambiado los medios, las posibilidades instrumentales, la experiencia adquirida pero siguen siendo idénticos en todos ellos, la misma actitud ética ante la aventura del conocimiento, la misma honestidad ante la verdad científica.

De ahí que basta que escuche a alguien que cuestione en sus más básicos cimientos

la Universidad con el pretexto de que para adecuarla a los nuevos tiempos, es necesario transformarla totalmente para que considere, a quien esto afirma, mi adversario, porque yo sé que bajo la excusa de una adecuación a los tiempos venideros lo que se pretende es una llamada a la conjura de todos los necios para asaltar el conocimiento, para devastar los más sólidos pilares de la civilización como medio de destrucción del orden existente, la aparición del caos y la desaparición de la nación que ingenuamente aceptase este planteamiento.

He reflexionado mucho tiempo sobre si el conocimiento en la búsqueda de los más básicos principios es unívoco, es decir si lo que sabemos sobre cuestiones microscópicas o macroscópicas de nuestro universo responde a una realidad objetiva, tengo la convicción de que la respuesta a las preguntas que los científicos nos hacemos cuando nos aproximamos a intentar explicar los orígenes y fundamentos de las cosas, son sólo interpretaciones subjetivas de una verdad inaprensible y no me causa ninguna repugnancia admitir que quizás pudieran otras civilizaciones, iniciadas en sus comienzos con otras metodologías, explicar los mismos fenómenos microscópicos con una interpretación diferente en su fundamento del que nosotros le damos, en cualquier caso ambos razonamientos subjetivos básicos tendrían la virtualidad de hacer progresar el conocimiento tecnológico, quizás otro, y mejorar la calidad de nuestra existencia. Pero esta reflexión, con ser muy importante desde el punto de vista formal y cuyo análisis nos exigiría una prolongada exposición, no es lo fundamental porque lo que para mí sí, no admite duda alguna, es que cualquiera que fuera el método y razonamiento científico, lo que sería siempre inmutable es la actitud del ser inteligente ante la búsqueda del conocimiento, el compromiso ético de honestidad en el progreso de la Ciencia, la generosidad del científico por compartir su avance con sus congéneres, el comportamiento tolerante y crítico ante sus propios descubrimientos.

Y esto es lo importante de nuestra Institución porque en la Universidad no es lo fundamental, el equipamiento instrumental que posibilita en cada época el avance más rápido del conocimiento, sino que lo verdaderamente trascendente es el espíritu de las personas que integramos la Institución, quien nos impregna de ese inmutable sentido de afán por el progreso, de tolerancia con los demás, de actitud crítica con la injusticia y con nosotros mismos.

Y este sí es el sello de la Universidad que la sitúa como la obra más refinada del ser humano, pues en sus principios y objetivos se encierra también la verdadera razón de ser y estar del Hombre y si en algo falla no es por sus planteamientos, sino porque quien en cada momento la conformamos no somos capaces de responder con la perfección suficiente a tan nobles y trascendentes principios.

De aquí la necesidad de reiterar estos actos como forma de mantenimiento de la generosidad y la fe en el ser humano erigiéndose en dique que evite el desarrollo de la opresión, la intolerancia y el afán de posesión. Porque la Universidad es la única Institución en donde, a lo largo de la historia, se conservan y acrisolan los valores más sublimes de lo que algunos llaman la aproximación hacia la utopía humana.

Este es el gran honor, orgullo y también responsabilidad de pertenecer a esta Institución, pues al hacerlo, conservando nuestra individualidad, participamos en el desarrollo sin limita-

ciones temporales del progreso del conocimiento, y nos aseguramos nuestra presencia en el futuro al ser parte de la continuidad del avance y perfeccionamiento de la sociedad, pues la historia de las ideas, tanto en la ciencia como en cualquier otro campo, es mucho más que un simple recuento de los nombres más importantes. El trabajo de cada genio es hecho posible, estabilizado y relacionado con toda la estructura de la ciencia, solamente a través de los trabajos de hombres menos conocidos, la ciencia no puede ser hecha por gigantes solamente. Como Lord Rutherford ha dicho: "No está en la naturaleza de las cosas que cualquier hombre haga un descubrimiento grande y repentino; la ciencia va paso a paso y cada hombre depende del trabajo de sus predecesores. Los científicos no dependen solamente de las ideas de un solo hombre, sino de la sabiduría combinada de miles de hombres. Por tanto, propiamente, debe buscarse en la contribución de cada hombre la herencia del pasado, la influencia de sus contemporáneos y el significado para sus sucesores".

Y este es el papel inalienable de la Universidad: ser el vínculo de transmisión a lo largo de los tiempos al ser la depositaria del conocimiento acumulado y responsable del estímulo en su avance en el futuro.

Por eso no puede siquiera plantearse re-inventar la Universidad porque hacerlo sería admitir la posibilidad de modificar o descubrir una diferente consustancialidad del hombre.

Todo esto es lo que me permite hoy que mi gratulatoria la pueda dedicar simultáneamente a dos científicos relevantes en campos tan distanciados como la Medicina básica y la Economía aplicada, pues lo que celebramos con su distinción no es, con ser mucho, su aportación concreta en sus áreas de conocimiento sino algo mucho más relevante, haber servido y seguir haciéndolo como modelos de referencia y ejemplo de esas virtudes universitarias a las que me refería antes, fundamentales para la propia existencia de la Institución y sin las cuales no tendría ésta ningún sentido. Porque Vdes., Profesores Ochoa y Leontief, han permitido desde su rigor conceptual y metodológico, desde la clarificación de los objetivos y los medios, desde la precisión del marco científico de vuestro trabajo, construir nuestro paradigma de sociedad como modelo y método, para que la comunidad de hombres libres no se convierta en una errática vía de avance en el tiempo sino, por el contrario, en un esforzado camino para construir un proyecto compartido.

Porque con su trabajo han ayudado a estimular la conciencia colectiva para crear una vanguardia de humanismo científico, asegurando unos grados suficientes de independencia en los campos de la creación y de la investigación que nos permitan el indispensable control racional del desarrollo cultural, industrial y tecnológico, asegurándonos así la supervivencia como conjunto y excluyendo de raíz la absurda e inhumana posibilidad de estancamiento o ignorancia.

Por todo ello, la humanidad en conjunto os debe un sentimiento de agradecimiento y respeto pues, aún cuando el avance científico sea obra de la colectividad, no es menos cierto que el progreso necesita de hombres geniales que, como fogonazos en el gris transcurrir de la historia, marcan hitos y suponen pasos de gigante en el progreso del conocimiento.

Y Vds., Profesores Leontief y Ochoa, desde vuestra serena madurez intelectual, nos servís de acicate para seguir no solamente cumpliendo con nuestro deber, sino también sentir la satisfacción de hacerlo.

Vdes. han derrochado, a lo largo de su vida, inteligencia, generosidad y trabajo y hoy la Universidad solamente cumple el honroso deber de reconocerlos como los mejores de entre nosotros.

Habéis destacado en los rasgos más modélicos de la tarea del intelectual: vuestra preocupación por el carácter constructivo, positivo, por encontrar caminos, trazar diseños posibles para un futuro mejor evitando reducirlos a la crítica de los errores actuales, la condena por principio y sin alternativas en las que muchos estérilmente se extenuan dejándoles sin aliento al borde del abismo.

Por ello no puede extrañarnos nuestro orgullo y emoción al distinguíros en el acto de hoy porque al hacerlo egoístamente participamos en el honor de sabernos en una misma comunidad a la que vosotros habéis justificado como nadie, enseñándonos y reiterándonos la importancia de nuestro trabajo y esfuerzo.

Cuando tantos hombres sufren en su vida el drama de no haber hecho nunca nada y morir sin embargo extenuados, ustedes Profesores Leontief y Ochoa han demostrado que el esfuerzo fértil y honesto no solamente da excelentes resultados sino que fomenta el ansia de continuar y vivir sin permitirnos caer en el abismo del agotamiento melancólico.

Y desde esta Universidad de Córdoba, alumbrada por una historia fulgurante de servicio a la Humanidad, nosotros os damos la bienvenida a nuestra Institución con el honor de saber que al incluíros en ella, ayudamos en el presente a mantenernos en un brillante futuro, conociendo que alguna vez alguien podrá leer estas líneas más de la gratulatoria de hoy y sentirá la misma dicha que yo de seguir siendo universitario, teniendo la certeza que con vuestra incorporación la Universidad de Córdoba se afianza en su intemporalidad, pues vuestro trabajo y ejemplo de vida siempre será referente mientras exista la sociedad civilizada.

Sabed que junto con el orgullo de recibiros, también nos embarga el egoísta sentimiento de que nuestra Universidad se beneficia con vuestra incorporación.

Por eso os ruego que os consideréis ya miembros de nuestra comunidad de doctores que os acoge con el cariño, respeto y admiración que vuestra vida y obra merece.

Nada más y muchas gracias.